

ANTONIO VALDECANTOS, *Misión del ágrafo*, Segovia, Ediciones La uña RoTa, 2016, 158 págs.

DOI: <https://10.24197/cel.8.2017.vii-xi>

Escribir o no escribir: esa es la cuestión. Al menos lo ha sido en momentos estéticos e históricos cruciales del pasado siglo y lo sigue siendo en las postrimerías de un paradigma profundamente cuestionado por las velocísimas transformaciones de lo digital. Aunque Antonio Valdecantos (Madrid, 1964) no aborde en *Misión del ágrafo* el problema desde estas perspectivas hiper o altermodernas, es indudable que su reflexión sobre la escritura y el silencio resulta un ejercicio de plena actualidad.

En lo que concierne al enfoque, algo clásico en sus fuentes, subyace la figura de un supuesto ágrafo universal, prácticamente ahistórico, presente en nuestras sociedades desde los tiempos de los primeros filósofos, cuando Platón traicionaba la oralidad socrática por entenderla deficiente para la transmisión del conocimiento. Es decir, indirectamente se propone una etología del ágrafo sin variación diacrónica relevante en relación a unos ideales milenarios.

Una vez dicho esto, otra advertencia se vuelve perentoria: aunque el título y la información de la contraportada hagan caer en la trampa al lector no precavido, *Misión del ágrafo* no resulta un nuevo elogio de lo silente. En vez de prolongar los hábitos de su tiempo, Antonio Valdecantos, prestidigitador por excelencia, se ejercita una vez más en el arte de la ironía y el paréntesis. La ironía es un estilo y cada escritor que la emplea nos recuerda a Cervantes. El prefacio —no rotulado como tal— que el propio autor coloca antes del primer capítulo parece una reminiscencia del archiconocido prólogo del *Quijote* y, si el manchego se propuso «derribar la máquina mal fundada» del género de los libros de caballerías que al mismo tiempo amaba, da la impresión de que el madrileño tiene también motivos para comprender y deplorar a partes iguales ciertas actitudes del ágrafo coetáneo.

En diversas partes del libro se lo retrata como personaje opuesto a cualquier tipo de escribiente: al autor prolífico, cosa esperable, pero también a todo aquel que cae en la simple tentación de escribir, incluso aunque lo haga en su ámbito privado sin intención de publicar ninguna de sus líneas. Ciertamente, un estudioso del tema exigiría precisiones en la diferenciación entre silencio y agrafía y la elaboración de una tipología en la que se distinguieran algunas variedades de ágrafos, pero la ausencia de esta

especificación dice también de la naturaleza del trabajo propuesto: ensayo antes que tratado.

Sin embargo, no todos los discursos del ágrafo están reducidos al silencio, pues la premisa de una no escritura no impide una presencia activa en el ámbito público. Lejos de convertirse en una figura anónima, pone su empeño en mantener un *habitus* pergeñado a golpe de facundia; de este modo, para Valdecantos, sus alocuciones —monologales digresiones del proceso creativo fallido— vendrían a ser imitación de la «escritura perfecta», es decir, su no escrita escritura (32). En definitiva, este ágrafo no es tan solo un individuo que no escribe sino aquella personalidad reconocida, culta y con innumerables lecturas a sus espaldas que desecha la posibilidad de escribir porque nunca podrá hallar una expresión pura en la relación significante-significado. Esta singularidad extrema del ágrafo valdecantiano tendría, para Cuesta Abad, una máxima, “Debo, luego no puedo”, y un nombre, el *antibartleby* (12).

De tales rasgos se evidencia el carácter elitista y la superioridad moral frente a escritores individuales, pero también hacia los escribanos anónimos. Sumidos todavía en cierto impulso posromántico, la correspondencia escritor/pensamiento parece fuertemente arraigada en la mentalidad occidental. En consecuencia, se olvida la escritura en tanto que juego u oficio y, por ende, la figura del amanuense o escriba en muchas etapas de la historia: de condición a veces humilde —exceptuando casos concretos, como el que nos recuerda la famosa estatuilla egipcia— se ganaba la vida en contextos de producción y transmisión —cortes, monasterios— de una ideología de la que tan solo resultaba un intermediario invisible.

Enemigo, por tanto, de todo el que escribe —chusma en la que el propio Valdecantos se incluye por su prolífica actividad libresca— el ágrafo también se contrapone a otros tipos sociales: al charlatán, por su manía de hablar solo sobre sí mismo; al investigador, obligado a la verborrea por exigencias del currículum; incluso al censor, pues, aun poseyendo ambos cualidades afines, este último incumple su ética cada vez que lleva a cabo la estimación positiva de algunos libros. Y, sin embargo, se le puede atribuir al ágrafo algo parecido a un semejante, aunque «ágrafo al revés» (p. 41). El grafómano taciturno supone una excepción ya que, aun impelido por la necesidad de decir, se calla para escribirlo. Su insigne moral se logra en la consecución del mutismo como un verdadero arte, al estilo que recomendará el abate Dinouart.

En definitiva, la crítica del ágrafo a la cultura de su tiempo es la de convertir el nombre en una firma, la de rebajarse ante las imposiciones del liberalismo y de la cultura, sin atreverse al ejercicio de la publicación anónima

—posibilidad del heterónimo, del apócrifo o del avatar que tampoco soporta para sí mismo—. En su crítica al sistema y en sus movimientos nostálgicos por este ensayo, en donde la voz del filósofo recuerda a veces a la de un narrador, es pintado cual personaje novelesco, decadente y esnob. Entre las ideas más rocamboleras —que constituyen, a su vez, los momentos de sarcasmo más ácido por parte de Valdecantos contra la moda del silencio en la literatura— se encontrarían la propuesta de llevar a cabo investigaciones y bibliografías sobre las grandes obras de la historia jamás escritas (46) o su convencimiento de que la condición de una cultura se mide por el nivel de sus ágrafos (26). Pero, ¿no ha publicado George Steiner un ensayo titulado *Los libros que nunca he escrito*? ¿y no contará el propio Valdecantos con experiencias similares de obras inconclusas y momentos de preferencia por la no escritura?

El lector acaba por plantearse estas preguntas conforme avanzan los capítulos y, si es capaz de desembarazarse de la corteza mordaz y burlona de la voz del autor, se percata de que bajo ese perfil retrógrado y lunático el ágrafo esconde grandes dosis de lucidez. La figura caricaturizada desde la primera página del ensayo como un individuo repelente —comparado con ciertos invertebrados, *rara avis* para quien se acerque a su estudio—, acaba desvelando, con sus movimientos y sus actos —casi siempre de repliegue—, algunas de las profundas contradicciones de nuestro concepto de cultura: una cultura basada en objetos de escritura supuestamente completos y cerrados —bellos y buenos: verdaderos— y fundada en la egolatría de quienes creen reconocerse en sus escritos enlazando demiúrgicamente vida y obra. Así pues, en un giro insólito que el ensayo brinda al lector avezado, posicionarse desde la mirada del ágrafo permite descubrir la vanidad y la blasfemia del sustrato literario de la cultura.

Imperceptiblemente, entre parodia y parodia, Valdecantos comienza a exponer algunos de los pensamientos más interesantes —aunque no todos originales— sobre esta problemática de la escritura, la autoría y el silencio: la necesidad de analizar y clasificar los casos que devienen en agrafía para comprender las excepciones en que la escritura se torna admisible, especialmente si, en una visión generalista, comprendemos que la cultura posee un sentido esencialmente acumulativo; la advertencia sobre el carácter inacabado de toda obra humana, que se subraya en el capítulo titulado *creatio continua*, y que nos recuerda observaciones similares en Borges o Valéry; la obligación del escritor de convertirse en un catalizador de los variadísimos discursos que la vida le bombardea; y, en última instancia, el derribo del mito de la *ars longa, vita brevis*, al señalar que la escritura no prolonga, tal como

sostenían los epinicios pindáricos o el famoso soneto XVIII shakesperiano, sino que con cada libro supuestamente acorrojado muere *un* autor. Quizás sea entonces sostenible la postura del ágrafo, así como posible defenderla e incluso considerarla el gesto cuerdo y lógico que demanda nuestro tiempo.

Entre el sarcasmo de ciertas descripciones y lo inapelable de algunas ideas, la posición definitiva del autor respecto a la práctica de la agrafía al modo en que Valdecantos la entiende puede parecer una incoherencia, pero incluso este hecho, junto con la calculada tosquedad del ensamblaje discursivo entre los capítulos cuatro y cinco respecto del resto del conjunto, constituyen una actuación voluntaria. Tanto la contradicción como el paréntesis vienen a ser el método para rebajar el innecesario valor del *yo* en la cultura occidental. La nota final que cierra *Misión del ágrafo* evidencia que, frente al egocentrismo de las figuras descritas en el ensayo, frente a la obsesión de unificar la ficción y lo real —«superstición cultural» (113), pero esta vez promovida en Occidente desde la goethiana *Vida y poesía*— el paréntesis —cuya máxima expresión fue desarrollada por Montaigne— resulta la forma rebelde pero honesta de escritura por antonomasia.

Precisamente esta es la tendencia de sostenida transgresión de Antonio Valdecantos que le sitúa en la línea de algunos movimientos sociales contemporáneos. Hasta ahora interesado en los aspectos del tiempo y de la moral, parece que su preocupación humanística haya ido creciendo publicación tras publicación, aportando no ya solo perspectivas para concienciarse sino soluciones.

Desde que Steiner señalara en sus ensayos el abrazo diferencial de lo silente por parte de los poetas como signo de nuestra era, la crítica literaria ha aportado un número creciente de estudios sobre el tema, hasta crear en ocasiones un clima agotador donde la terminología —especialmente el concepto central de “silencio”— ha sido, antes que precisada, manoseada por el uso ambiguo y desmesurado. En ese contexto, incluso los no escépticos con esta problemática trascendental podrán comprender el surgimiento de una publicación del estilo de *Misión del ágrafo*, arma arrojadiza contra quienes se sirven de la moda de las dialécticas y estéticas negativas.

El escorzo —y el logro— más notable de Valdecantos lo constituye su paradójica crítica diferida e indirecta a la cultura actual y nacional. Mediante el atractivo de la sátira fija la atención del lector en la figura del ágrafo para, al disparar contra ella, golpear de rebote a todos los personajes del sistema. Independientemente de nuestra posición dentro de la estructura del mercado literario, somos alcanzados por el tiroteo en mayor o menor medida. Admitir esto significa aceptar la honestidad que propone el propio autor cuando, al

denunciar los detrimentos de una civilización sometida a los excesos de la escritura o del silencio, atenta también contra sí mismo, en tanto escritor productivo que sin duda es.

JAVIER HELGUETA MANSO
Universidad de Alcalá
javier.helgueta@edu.uah.es